

# REFLEXIONES SOBRE LA SEGURIDAD Y LA DEFENSA EN LA PRÓXIMA DÉCADA

José María Aznar López  
*Presidente del Gobierno de España.*

*Conferencia pronunciada en este Centro, el día 27 de octubre de 1999, dentro del ciclo de conocimientos generales del I Curso de Estado Mayor de la ESFAS.*

Excelentísimos e ilustrísimos señores, señores oficiales:

Encontrarme hoy ante ustedes, en esta renovada Escuela Superior de las Fuerzas Armadas (ESFAS), me produce una gran satisfacción. Y quiero comenzar explicándoles por qué.

En el discurso de investidura que dio paso al trabajo del Gobierno que presido destaqué la necesidad de iniciar una reforma de nuestros Ejércitos que iba mucho más allá del tópico de unas Fuerzas Armadas más reducidas pero más eficaces. Queríamos asegurar nuestra capacidad de cumplir las misiones constitucionalmente encomendadas a las Fuerzas Armadas, reforzar nuestro compromiso con la Alianza Atlántica y contribuir a mejorar los instrumentos europeos de defensa. En esta perspectiva se inició el proceso de profesionalización y modernización que todos ustedes conocen bien.

Pues bien, en la búsqueda de esta nueva operatividad era imprescindible un esfuerzo mayor en la acción conjunta de nuestros Ejércitos. Y este Centro representa un paso más, pero un paso especialmente importante, en el proceso de asunción por nuestras Fuerzas Armadas del espíritu de lo conjunto que se inició, al comienzo de la etapa democrática, con la creación del Ministerio de Defensa.

La modernización de las Fuerzas Armadas no se puede limitar ya al ámbito del equipamiento y de los sistemas de armas, sino que debe también afectar a los conceptos y a la organización. Y, en esa línea, la idea de «lo conjunto» se impone como una exigencia imprescindible a la hora de diseñar los ejércitos del futuro.

Ya no es concebible ninguna operación militar de alguna importancia sin una puesta en común de los recursos aportados por los tres Ejércitos, y sólo desde una visión de conjunto, y superando cualquier tentación a encerrarse en compartimentos estancos, se pueden afrontar las misiones en que nuestras Fuerzas Armadas deberán proyectarse en el futuro. En el mundo globalizado que ya es el nuestro, en el que nos afectan fenómenos que antes podían parecerse remotos, con la rapidez e incluso instantaneidad de las comunicaciones que le caracteriza, las Fuerzas Armadas deben estar dotadas de una

extraordinaria capacidad de proyección y de una no menos amplia interoperabilidad para poder actuar con contingentes aliados. Y todo ello sólo será posible desde la cotidiana aplicación de la filosofía de lo conjunto.

Esta ESFAS será así una pieza básica en el empeño de diseñar ese nuevo modelo de Fuerzas Armadas —más reducidas sí pero, sobre todo, más flexibles y más operativas— que, a partir de su plena profesionalización, estamos poniendo en marcha.

Señores oficiales:

Es un hecho histórico que el Estado moderno que conocemos nace íntimamente ligado a los ejércitos. La soberanía, característica definitoria de las entidades políticas nacionales, reposa en última instancia en la capacidad militar de un gobierno. Es obvio, por tanto, que mientras la unidad política por antonomasia siga siendo el Estado, la defensa de la nación seguirá conservando todo su valor. Pero tampoco cabe duda de que, con la globalización, la defensa del territorio ya no puede ser la única función de las Fuerzas Armadas.

No quiero extenderme ante ustedes para explicar qué es y que implicaciones tiene la globalización del mundo actual. Al fin y al cabo, la globalización a la que tanto hacemos referencia en la actualidad es bien conocida en el mundo de la defensa: las armas nucleares y los misiles intercontinentales hicieron del globo, ya desde finales de los años cincuenta, un único teatro, volviendo igualmente vulnerable cada rincón de la Tierra. Al menos en teoría.

En la década de los noventa el mundo se ha visto libre de la amenaza nuclear general por primera vez desde los años cincuenta, lo que me parece un dato extraordinariamente positivo. Sin embargo, eso no ha significado que comenzáramos a vivir, como algún autor sugirió, en el final de la Historia y en el reino de la paz perpetua. Para nuestra desgracia, el horror de la violencia ha seguido desatado y está bien presente en diversas zonas del globo.

El fenómeno que irrumpe durante los años noventa en la vida internacional y en las relaciones estratégicas entre los países es la globalización de las responsabilidades. Los países más ricos, más estables, que más disfrutamos de la seguridad, no podemos ni debemos quedarnos inertes ante el horror que se desata en los conflictos que se suceden a nuestro alrededor. Nuestra supervivencia ya no está en juego, pero sí nuestra altura moral. En el desarrollo de las misiones de apoyo a la paz, ampliamente entendidas, es el fiel exponente de cuanto digo.

Las Fuerzas Armadas, en menos de 10 años, han pasado de ser el instrumento de la defensa territorial de nuestras naciones, a convertirse en una herramienta eficaz para exportar el orden y la estabilidad necesarios para que los pueblos puedan convivir en paz y tranquilidad.

Se trata, como digo, de una responsabilidad global en el sentido de que los conflictos surgen aquí y allá, de manera no siempre previsible. Los años noventa han dado ejemplos sangrantes en África, en Europa, en el Cáucaso, en el sureste asiático. La guerra no respeta fronteras ni continentes.

Pero al mismo tiempo, es una responsabilidad que debería poder ser universal pero que, en la práctica, está limitada a un puñado de países con los recursos y la voluntad necesarios para intervenir y contribuir eficazmente a alcanzar la paz.

La Alianza Atlántica ha comprendido que su área prioritaria de actuación va más allá de las fronteras de sus miembros y, de acuerdo con su nuevo concepto estratégico aprobado durante la cumbre de Washington se extiende, en aras de la paz, a la llamada «zona euro-atlántica».

Es más, como Timor pronto ha puesto de relieve, ni tan siquiera podemos limitarnos exclusivamente a nuestro entorno inmediato. Nuestras opiniones públicas nos demandan cada día mayor iniciativa y acción. Nos exigen mayor responsabilidad internacional.

Las Fuerzas Armadas, lejos de perder su sentido se alzan hoy, si cabe, con mayor valor, puesto que representan un instrumento esencial en las nuevas acciones de los Estados. Es evidente que en el caso español nuestra nación goza de mayor prestigio internacional desde que estamos comprometidos en acciones de ayuda humanitaria y desde que nuestras tropas intervienen junto con las de nuestros aliados en defensa de los valores que compartimos.

Señores oficiales:

El Gobierno que presido ha dado sobradas pruebas de su compromiso con la acción internacional, a través de la cooperación económica y de las misiones de apoyo a la paz, desde Albania a Kosovo, por citar sólo dos ejemplos. Sin embargo, hay que reconocer que lo que un país puede aportar en solitario es un grano de arena únicamente. La paz internacional sólo puede surgir del esfuerzo de la comunidad internacional y, más en concreto, de sus principales actores.

Día a día, casi sin darnos cuenta, se ha llegado al convencimiento de que la defensa de nuestra civilización, de nuestro sistema de vida, de nuestros derechos, de nuestras libertades y de nuestro bienestar, se realizará mucho más eficazmente de una manera conjunta que aisladamente cada país. Dicho de otro modo: España alcanzará mejor sus propios objetivos en una Alianza en la que participe con toda normalidad y en igualdad de condiciones con sus socios, que haciéndolo de modo individual y aislado.

Esto, obviamente, no quiere decir que no debemos hacer todos los esfuerzos que estén a nuestro alcance para mejorar la calidad de nuestra defensa y ello por dos razones: en primer lugar, porque siempre los países europeos debemos estar preparados ante cualquier eventualidad con nuestras propias fuerzas. Y en segundo lugar, porque cuanto mayor sea la contribución española a la defensa colectiva mayor será nuestro papel en las organizaciones en las que participemos.

Ahora bien, una vez sentadas las bases de qué es lo mejor para la defensa colectiva, se plantea la interrogante de cuál es el foro adecuado.

Por un lado, la Alianza Atlántica, a través de la estrategia de la disuasión, no sólo ha garantizado la paz del mundo desde 1945 hasta nuestros días, sino que ha adquirido el más alto prestigio, lo que la avala para continuar en la situación estratégica, nacida con la caída del muro de Berlín.

Por otro lado, hay que tomar muy en consideración todos los esfuerzos y pasos que se están dando para dotar a la Unión Europea de competencias en materia de defensa, de hacer de la Política Exterior y de Seguridad Común (PESC) una Política Exterior de Seguridad y de Defensa Común (PESDC). Hay que tomarlos muy en consideración, y hay que alentarlos y estimularlos.

Desde su creación como Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA), y durante décadas, las instancias comunitarias han apartado voluntariamente los temas de defensa de su proyecto. El Acta Única abrió algo la puerta a los temas económicos e industriales de la seguridad, pero fue el Tratado de Maastricht el que inició una reflexión más profunda sobre una política de seguridad para Europa.

Así y todo, los resultados, hay que reconocerlo, no han sido deslumbrantes. Al fin y al cabo lo prioritario para la Unión hasta fechas bien recientes ha sido llegar a la moneda única, símbolo no sólo de su integración económica, sino de su unión política. Pues bien, una vez que contamos con un euro que funciona, la disparidad entre la vertiente económico-política de la Unión y su capacidad militar, se acentúa demasiado.

Pero no ha sido sólo la aparición del euro lo que ha motivado la preocupación y la urgencia por la capacidad europea de defensa. También Kosovo ha puesto muy de relieve las actuales faltas de capacidad. En Kosovo, por ejemplo, los miembros europeos de la Alianza, considerados individualmente, hemos jugado un papel no desdeñable respecto a las capacidades y disponibilidades de cada uno. Sin embargo, no puede decirse lo mismo de Europa en su conjunto. Lo que hemos podido poner a disposición de la acción aliada ha sido una fracción muy reducida del total agregado de nuestras Fuerzas Armadas. Esta incapacidad de proyectar fuerzas conjuntamente es lo que ahora, en un momento de éxito histórico con la consecución de la unión monetaria, ya no es aceptable. Además, cualquier moneda que pretenda ser fuerte —y el euro lo pretende—, necesita un cierto respaldo.

Algunos países miembros de la Unión Europea lo hemos manifestado, y así lo ha recogido el Consejo de Colonia del pasado 4 de junio: la Unión Europea debe dotarse de los mecanismos institucionales de decisión que le permitan desarrollar las misiones humanitarias y de apoyo a la paz. Esto incluye la designación de «Mr. PESC», la creación de un comité político-militar, así como la incorporación de un Estado Mayor y la fusión de la Unión Europea Occidental (UEO) en la Unión Europea. También recoge la posibilidad de reuniones de ministros de Exteriores y de Defensa.

Pero, al mismo tiempo, los países miembros deben avanzar en las capacidades militares comunes para hacer viables las decisiones que se lleguen a adoptar en materia de defensa. En mi opinión, esto exige la puesta en marcha de un plan en materia de defensa que apunte a producir una capacidad de actuación autónoma por parte de la Unión Europea.

Por último, la defensa europea tiene que verse sustentada por una base industrial eficaz y competitiva, pues sin tejido industrial de la defensa no podrá darse ninguna política auténticamente autónoma.

Creo que la hora de la defensa europea ha llegado, y que sólo impulsando y construyendo una Europa de la defensa estaremos contribuyendo a mejorar el vínculo transatlántico y, por ende, la propia Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN).

Esta última afirmación no es sólo retórica, el vínculo trasatlántico está demasiado desequilibrado y ello por sí mismo es un elemento de debilidad. Así lo ha sido entendido por la propia Alianza, quien en su nuevo concepto estratégico no sólo admite, sino que auspicia y acoge la identidad europea en materia de defensa. Yo, que tengo fama de pragmático y realista, creo que hay que hablar no sólo de identidad, sino también de capacidades. Por tanto, no sólo no hay contraposición, sino que refuerza las capacidades defensivas europeas y mejora la aportación europea a la Alianza.

Señores:

España no debe acercarse a esta nueva etapa de la construcción europea ni con prevención ni acomplejada. Estoy seguro de que podemos perfectamente contribuir con nuestras ideas y coliderar el esfuerzo común por una defensa de la Unión. Se trata de contar con la visión y con las capacidades.

En el ámbito europeo hay una idea que flota ya pesadamente en el aire, a saber: que hay que optar por ejércitos profesionales si se quiere actuar en el tipo de misiones que las nuevas circunstancias estratégicas demandan. El Gobierno que presido optó ya en 1996 por un cambio de modelo de nuestras Fuerzas Armadas, al basar el reclutamiento no en la obligatoriedad sino en la voluntariedad. Como todos ustedes conocen, la plena profesionalización se alcanzará en el año 2002, si no antes. Es un paso, creo, nada desdeñable que vuelve más operativas nuestras Fuerzas Armadas.

En segundo lugar, creo también que es justo reconocer el esfuerzo del Gobierno en aras de la necesaria modernización del material a disposición de los Ejércitos. Ciertamente, inmersos en un clima de austeridad, no es imaginable el crecimiento espectacular de los presupuestos de Defensa. Ahora bien, con una visión global, el apoyo prestado desde el Ministerio de Industria en los tres grandes programas de armas (caza EF-2000; carros *Leopardo*; fragatas F-100) ha permitido acometer la profesionalización y la modernización en paralelo.

En fin, la plena participación en la nueva estructura de mandos de la Alianza, así como nuestra presencia activa en fuerzas multinacionales —y me estoy refiriendo a instancias como el Eurocuerpo, Eurofor y Euromarfor— capacita a nuestros oficiales, al mismo tiempo que da mayor credibilidad a nuestro empeño colectivo.

Mi intención es proseguir en la transformación de las Fuerzas Armadas para que estén mejor preparadas, tanto en lo personal como en sus medios materiales, de cara a los crecientes compromisos internacionales.

Señores:

En el terreno de la política internacional los próximos meses van a ser decisivos para el enfoque y el impulso de la defensa europea. Los acontecimientos están demostrando que Colonia no era un destino de llegada sino un punto de partida. Desde entonces el presidente Chirac ha lanzado su plan de acción con el que se pretende dotar a la PESC de todo un entramado institucional; los primeros ministros italiano y británico se han manifestado a favor de potenciar las capacidades de defensa en el seno de la Unión; y, más recientemente, el canciller alemán y el presidente francés han declarado su interés por marcar una agenda concreta de aquí a finales del 2000, y cuyo resultado sea una Unión Europea capacitada para decidir y actuar en materia de seguridad y defensa.

Los ministros de Defensa de la Unión Europea han venido reuniéndose con carácter informal en el último año y, aunque Colonia establece que podrá haber reuniones de ministros de Exteriores y de Defensa si así se estima necesario, yo creo que sería conveniente plantearse a fondo la necesidad de contar con un Consejo de Ministros de Defensa específico, si las circunstancias así lo aconsejan.

Sólo si se permite que los ministros de Defensa deliberen entre ellos, se podrán tomar decisiones para racionalizar coordinadamente las estructuras de fuerza, poner las bases de una política armonizada de adquisiciones, y progresar en un plan de convergencia.

En segundo lugar, estoy de acuerdo con la idea de establecer un plan de convergencia en materia de defensa que, en ningún caso, comprometa los planes de seguridad de cada nación. Un plan de convergencia en sentido amplio y no basado exclusivamente en parámetros macroeconómicos, que no pueden indicarnos mucho, dadas las disparidades existentes en la actualidad. La convergencia debe servir para que colectivamente Europa cuente con las fuerzas necesarias, disponibles y desplegadas con rapidez, y el plan debe llevarnos a definir la contribución que cada país puede aportar a dicho empeño común, de tal manera que el resultado sea coherente y eficaz.

En tercer lugar, España impulsará la creación de una política europea de defensa que marque colectivamente un horizonte de estabilidad en las adquisiciones, fije los requerimientos y armonice los ciclos de compra de material, de tal forma que del lado de la demanda se complemente la transformación que están experimentando las empresas en el lado de la oferta. Ya dije antes que sin industria europea de la defensa no puede darse una verdadera política de defensa europea.

España abogará porque el Consejo de Heisinki del próximo diciembre marque las pautas y el ritmo de actuación.

En el terreno doméstico, tras la profesionalización se abre un nuevo ciclo que debe caracterizarse por la racionalización de nuestras estructuras. La reducción del volumen de efectivos, la creciente multinacionalización y la actuación más intensa en misiones de paz así lo exigen.

Ya lo he dicho al comienzo de mi intervención. Esta misma Escuela es un primer y gran paso en esta dirección, pues si algo se ha demostrado en las acciones bélicas recientes es que la actuación de los ejércitos debe ser conjunta. La Escuela debe alimentar en cada uno de ustedes tal vez lo que sea más difícil de lograr y de medir, una auténtica mentalidad de esta actuación conjunta.

Señores:

El motivo que inspira la acción de Gobierno no es otro que colocar a España en el lugar que tiene reservado por historia, cultura, riqueza y situación geoestratégica. El aislacionismo o el ensimismamiento no son actitudes que podamos permitirnos.

Ahora más que nunca las Fuerzas Armadas, más allá de su función básica de garante de la Defensa Nacional se revelan como auténticos y privilegiados instrumentos del Estado en su acción exterior.

Por ello, el contar con unos ejércitos modernos, capaces, bien dotados y adiestrados, que puedan ser enviados allí donde se necesiten, no es un capricho, es una exigencia para cualquier gobierno que confíe en las capacidades de la nación también en el plano internacional.

En el año 1996 nuestra política de defensa y nuestras Fuerzas Armadas estaban ante una encrucijada. Estábamos en Bosnia acertadamente, a pesar de que nuestros Ejércitos contaban con poco más de 30.000 soldados profesionales; participábamos en las acciones aliadas, pero no estábamos en la estructura de mando y no podíamos, por tanto, participar plenamente en el planeamiento y en la toma de decisiones; el presupuesto de Defensa arrastraba una caída sistemática con la consiguiente descapitalización de recursos personales y materiales.

Hoy, creo sinceramente, algunas de estas contradicciones se han desvanecido. Se ha doblado el número de profesionales y en el año que viene contaremos con 85.000 soldados y marineros voluntarios; participamos plenamente en la Alianza y en su nueva estructura de mandos; y aunque el presupuesto pueda parecer aún exiguo, no ha dejado de aumentar en estos últimos años, invirtiendo la tendencia anterior. No hay que ser triunfalistas, pero me parece justo apreciar el esfuerzo que se ha hecho y que estamos dispuestos a continuar haciendo.

Sólo con esas Fuerzas Armadas del siglo XXI que estamos construyendo podremos contribuir eficazmente a esa defensa común que estamos levantando, también ahora desde el polo europeo.

Muchas gracias.